

DEL PADECER EN LA LECTURA.
HERMENÉUTICA DE UN LECTOR APASIONADO

Por Gladys Madriz

Universidad Central de Venezuela y Universidad Simón Rodríguez - Venezuela

RESUMEN

Este trabajo forma parte de un proyecto de investigación mayor orientado hacia la comprensión del interrogante biográfico-narrativo: ¿cómo se forma un lector? Partiré desde una perspectiva ontológica, estética y ética, dentro del llamado giro lingüístico, el cual en su momento tuviera tanta repercusión en la hermenéutica actual. El objetivo del trabajo que me ocupa es el de avanzar en el estudio de la pasión como elemento fundante de una experiencia de la lectura. A la pasión, con nombre femenino, se le ha tildado muchas veces de sospechosa a la hora de realizar cualquier práctica social. Sin embargo, esta pasión con la profundidad y la sensibilidad ya femenina, debería penetrar la acción de leer para comprender-te-me-les con todo el cuerpo y con la vida. Asimismo, me apoyaré en algunas concepciones de autores como H. Gadamer, H. Arendt, E. Trías y J. Larrosa.

Palabras clave: Lectura; Hermenéutica; Padecer; Lector apasionado.

ABOUT THE SUFFERING IN THE READING.
HERMENEUTIC OF A PASSIONATE READER

ABSTRACT

This paper is a section of a major project addressed to the comprehension of the biographic narrative question: ¿How become a reader? We start from an ontological, ethical and aesthetical perspective into “the linguistic turn”. The main purpose is to study the passion like a founding element of a reading experience. Passion as a feminine name has been suspicious at the time of any social practice. However, this passion with the deepness and sensitivity already feminine should penetrate the action of reading to understand-you-me-them with the whole body and the life. Also, some concepts from: Gadamer, Arendt, Trías y Larrosa will be use as fundamentals.

Key words: Reading; Hermeneutic; Suffering; Apassionate reader.

PRESENTACIÓN

Este trabajo contiene las notas iniciales de un proyecto mayor orientado hacia la comprensión del interrogante biográfico-narrativo: ¿cómo se forma un lector? Mientras le doy vuelta al tema, he querido iniciar con algunas preguntas que todavía me inquietan, y que, al no estar segura de poder responder, asumo el ocuparme del asunto con la ilusión del *a lo mejor... sí*. En estas páginas iniciales, no avanzaré más allá de inquirir por la esencia del lector, o más bien podría decirse por la esencia de esa relación que se concibe desde la experiencia, y que mientras se da, conjura el misterio de la pasión y de la vida.

I.- LA (IN)CUESTIONABLE ESENCIA DEL LECTOR

¿De quién hablamos cuando preguntamos por un lector? Si nos guiáramos por una cierta bibliografía diríamos que se trata de un sujeto que ha desarrollado una cierta *competencia* para comprender los textos -que a manera de problemas- a lo largo del desempeño de sus roles, debe manejar. Así de escueto, así de directo. Claro, podríamos extendernos un poco más si preguntáramos a nuestro interlocutor, por ejemplo, si se refiere a un niño o a un adulto, si se trata de la lectura de textos expositivos o si por el contrario se refiere a textos narrativos, y así, de manera similar, podríamos llenar un cuestionario de preguntas sobre ciertas características que de muy buena fuente sabemos que tienen relación con la lectura y que por lo tanto, desde este enfoque, podríamos describir a este lector.

Sin embargo, a todas estas, nuestro interlocutor se hallará perdido ¿cómo es posible que de tan inocente pregunta inicial le complicáramos la vida de tal manera? Valga el ejercicio para dejar por sentado que dentro de este lenguaje académico nunca hallaremos al lector, sino a una construcción hipotética regida por ciertos principios más o menos generalizables de lo que ese sujeto (hipotético) sería capaz de realizar (de leer) con un alto grado de probabilidad, orientado por supuesto, por un fin concreto y a través de unos medios más o menos intervenidos¹

Quizá este interlocutor se refiera a otro lector, pregunte tal vez, por el repartidor del abasto de la esquina, aquel que entre reparto y reparto revisa la cartelera deportiva del diario del día, o de la joven estudiante de liceo que sentada en el metro revisa pulcramente todos los mensajes de correo que tiene en su teléfono celular, para proceder a responderlos uno por uno, con una disciplina que cualquiera de nosotros agradecería. O por el contrario, al preguntar, quizá ha tenido en mente a algún notable lector-escritor, ya que como bien dicen los expertos *a escribir se aprende leyendo*.

En todo caso, cuando nuestro interlocutor pregunta por un lector, lo hace antes que nada por una persona, es decir una singularidad. ¿Y cuál sería su esencia? El término esencia deriva del verbo *ser*, que por definición, es una noción profundamente existencial. Pregunta lo que algo *es* para aquel que formula la pregunta. La esencia interroga sobre lo que algo *es* y sin lo cual no podría ser lo que *es*. La esencia no es una propiedad única y estática por la cual conozcamos algo, sino que se trata más bien de un significado complejo constituido por una multitud de aspectos, propiedades y cualidades, algunas de las cuales serán mas bien circunstanciales, y otras cruciales para el existir del lector en cuestión.

Partamos de que la esencia de algo depende del juego entre la diferencia y la similitud, por lo que no estaríamos de acuerdo con afirmar que la esencia es una categoría inmutable, si no que es aquello que hace que algo sea lo que *es*, y sin lo cual no podría ser lo que *es* en el juego de la vida, que como tal es mutable, sorpresiva, acontecida. Vemos algo de mutable en esta visión enraizada con la *bildung*, es decir, el juego de *llegar a ser lo que se es*, pero sin mayor brújula que la propia experiencia.

¹ La idea de *intervención* corresponde en este caso a los dispositivos pedagógicos que planifican no sólo las actividades sino los textos *adecuados* para cada caso. La lectura dentro de estos dispositivos, está tan *controlada* que pudiera convertirse este control justamente en el *handicap* de su intención final, cual es la de ser generalizada a todos los demás contextos y situaciones de la vida.

¿DÓNDE ESTÁS CORAZÓN?²....

Dispongámonos pues a buscar a ese lector que como hemos dicho responde a una esencia que no conocemos aún, pero que la presentimos, y que las notas del bolero de Luis Martínez reclama. Hace ya mucho tiempo que Nietzsche (1980:265) dijera, en alusión al filósofo Diógenes, que “quienquiera que esté buscando al ser humano, primero tiene que encontrar la linterna”. Para esta búsqueda invocaremos, como si de un hechizo se tratase, a la hermenéutica fenomenológica que fundamentalmente intenta comprender e interpretar los significados que damos a las cosas y fenómenos tal y como se presentan en nuestro espacio vital. De allí que nos atrevamos a decir que nuestro lector, aquel que buscamos con la lámpara de Diógenes a plena luz del día, de ese lector diremos que:

- No se trata de un autómatas, mezcla hombre y máquina, sino un sujeto que *padece* de pasión por la lectura. La pasión es una cualidad de lo que le sucede y modifica al alma. Del latín *passio* y del griego *pathos*, denota un estado de padecimiento, algo que le sucede al individuo, una fuerza misteriosa y autónoma que lo posee y perturba y de la cual no tiene control. Frente a un complejo histórico-cultural vinculado a las tradiciones psicologistas, que asocia la pasión con lo irracional y que la vincula con las funciones inferiores y cierto grado de deficiencia adaptativa de la conciencia, reivindicamos la capacidad de la pasión de elevar al hombre no sólo por encima de sí mismo, sino también por encima de los límites de su mortalidad y humanidad. Nos atrevemos a decir que la pasión del lector es equivalente a una expresión metafórica de la necesidad de llenar una carencia de algún tipo sentida muy dentro de nosotros mismos, o por lo menos, hace referencia a un extraño padecimiento que busca satisfacerse en un objeto incapaz de colmarlo, y cuya negación, a través de la triangulación del obstáculo, obliga a la interiorización y hace posible la reflexión. La relación del lector con lo que *ha de leerse*, se ve interferida, obstaculizada con la imposibilidad de hacer nuestro un lenguaje que no nos pertenece, que se nos resiste, hasta dar paso al cataclismo interior de la transformación, es decir de la muerte metafórica del lector, para dar paso a una nueva *experiencia de sí*.

- Nos inclinamos hacia una posición intermedia entre el carácter pasivo y activo de la pasión en el sentido de que en la lectura que tratamos de concebir coexistirían ambas dimensiones, una *padecida* y otra que pareciera *impulsar el encuentro* con el objeto de la pasión, el texto o libro. Puede afirmarse también que cada pasión lectora es única y a la vez con rasgos comunes con otras. Sin embargo, es conveniente destacar en alguna medida el carácter activo de la pasión lectora, sin que ello desconozca el carácter pasivo en el sentido del padecer/padecimiento. Esta pasión lectora la podemos parangonar con los encuentros furtivos de dos amantes “no como simples actos de amor o lujuria, sino como catalizador de lo más nuestro, de lo más íntimo y privado de nuestra personalidad, como espacio para la interioridad e impulso a la individualidad.” (Axel Capriles M., 2005:12)

- El lector en cuestión, no es producto de un entrenamiento, sino que ha desarrollado una especial relación con la lectura. Quizás la pregunta por la *esencia* del lector deba plantearse desde una relación, ¿cuál será la *esencia de la relación* que convierte a un sujeto en lector? La respuesta que nos ofrece G. Agamben (2005) es la de una vida ética, la vida que de manera responsiva acepta ponerse en relación con lo otro, a exponerse, a riesgo de sufrir transformaciones. “Una vida ética no es simplemente la que se somete a la ley moral, sino aquella que acepta ponerse en juego en sus gestos de manera irrevocable y sin reservas. Incluso a riesgo de que, de este modo, su felicidad y su desventura sean decididas de una vez y para siempre.”(p.90) La vida ética a la que hacemos referencia es una vida que se realiza en relación y por ello es que la hermenéutica no diferencia si lo *otro* es un texto u otra vida. Una vida ética como a la que hacemos referencia es aquella que al entrar en relación, se *da* en esa relación, que puede ser, como hemos estado considerando, una relación apasionada. Es decir, cuando la relación se *apodera* de ti. De manera que ninguna de las dos partes o entes que entran en relación, por sí mismos, serían suficientes para dar cuenta de lo que pasa. En el encuentro apasionado se constituye una nueva configuración, un espacio que podemos denominar el espacio intersubjetivo, que extiende los márgenes de cada individualidad en sí misma y que permite habitar en los intersticios de una espacialidad distinta, y de una experiencia

² Se trata del título de un conocido bolero de Luis Martínez Serrano (1900-1970). *¿Dónde estás, corazón?* Letra y música del autor. La estrofa de la canción continúa así: *...no oigo tu palpitación / es tan grande el dolor/ que no puedo llorar/ yo quisiera llorar / y no tengo más llanto/ le quería yo tanto y se fue para nunca volver.*

de sí original y profunda: se percibe como el estar preso del otro o de lo otro, pero a la vez *se desea* estarlo.

- No lee, como se nos ha hecho creer, para resolver un problema, lee, como hemos venido acotando, para entrar en *relación* con él, con *el otro*, con *la vida*. Como bien sabemos, los problemas han de ser tratados con la búsqueda de soluciones, conocimientos *correctos*, procedimientos *efectivos*, estrategias *ganadoras*, técnicas *calculadoras*, *métodos* que obtengan *resultados*. Ésta es la lógica de una racionalidad que no nos interesa por los momentos. Es la lógica de la fabricación, la lógica de la utilidad, la de que los medios justifican el fin. Con la lógica de los problemas siempre estaremos tentados a afirmar que se lee para aprender, y que se aprende para adaptarse, lo que encubre que al final estemos leyendo para *resolver problemas* artificiales planteados como tareas académicas; o que se lee para distraerse, es decir, cuando uno no lee *en serio*. Dentro de esa lógica medios-fin, no cabe la posibilidad de que leer no sirva para nada, estrictamente hablando. Igual pudiéramos decir de la vida, o si no, respóndanme ustedes *¿para qué sirve la vida?* Se trata de una lógica que como ven, no puede aplicarse para todo. Por eso es que nos inclinamos más bien por una lógica de la acción, la cual, tal y como señala H. Arendt (1999), responde a la inserción en el mundo que nos ha tocado, a través del discurso y de la acción, lo cual implica siempre entrar en una relación. Además, la acción asume otra característica importante que la hace más humana: siempre tiene un inicio, pero nunca sabremos cuándo ni dónde acaba, a diferencia de la lógica de la fabricación que sigue el plan de lo previsible, de lo programado, es decir, que las cosas *hechas* tienen un inicio y un final que es el producto acabado.

- El lector en cuestión, por tanto, despliega una acción humana apasionada condicionada por la pluralidad y, mejor aún, por lo singular plural, lee con pasión consigo mismo, con el otro que es, y con los otros. Su lectura, en tanto acción y discurso, está en conexión directa con el “hecho de que vivir siempre significa vivir entre los hombres, vivir entre los que son mis iguales. De ahí que, cuando yo me inserto en el mundo, se trata de un mundo donde ya están presentes otros.” (Arendt, H., 1999:104)

Con estas premisas iniciales, queda claro que mi intención tiene que ver menos con acercarnos al lector para conceptualizarlo, y más con investigar la experiencia del lector tal y como es vivida y re-significada por él. Acercarme a este lector supone la reflexión sobre las experiencias vividas por aquél, así como interesarse por las acciones prácticas y no tan prácticas de la vida cotidiana que lo han empujado a relacionarse con la lectura, todo ello con la intención de aumentar el carácter reflexivo de su propia experiencia.

De manera que en este ejercicio de búsqueda de un lector pretendo que cuando lo encontremos, también él pueda encontrarse a sí mismo, sumido como se encuentra en el misterio de construirse cada día. En relación con nuestro lector apasionado, recordemos que forma parte de una relación apasionada, el poder sumergirse en el interior de nosotros mismos en la búsqueda de reflexionar sobre lo experimentado.

Van Manen (2003) es de la idea de que al trasladar a la conciencia reflexiva la naturaleza de los acontecimientos experimentados en el mundo de la vida cotidiana, “podemos transformarnos o rehacernos, en el sentido auténtico del *Bildung* (formación)” (p.25). Profundizando en esta idea, y acercándola al tema de la lectura, es obligante la referencia a Jorge Larrosa (2003) “Pensar la lectura *como formación* implica pensarla como una actividad que tiene que ver con la subjetividad del lector: no sólo con lo que el lector sabe sino con lo que es. Se trata de pensar la lectura como algo que nos forma (o nos de-forma o nos transforma), como algo que nos constituye o nos pone en cuestión en aquello que somos.” Cualquier cosa que sea la lectura, “tiene que ver con aquello que nos hace ser lo que somos.”(p.26)

No obstante, esta actividad constitutiva por sí misma que es la lectura, no alcanzaría mayor relevancia si no hubiera una participación consciente por parte del lector. Creemos que cuando Gadamer plantea su idea de que comprender es autocomprenderse, está reparando en la característica de reflexividad del lenguaje en general, pero que él señala particularmente con la lectura. A través de la lectura se inicia un viaje que no termina con las peripecias, con el relato de las vicisitudes salvadas desde el espacio exterior donde ocurre la relación, sino que por el contrario, supone un movimiento hacia el interior de sí mismo, un encuentro reflexivo con un alter-ego, con el personaje de una narración que va en aumento y que no deja de ser *yo pero diferente* a la vez. Con cada comprensión, cuando la comprensión no es equivalente a una acumulación de información, con

cada comprensión, repito, alcanzo a comprender algo más de mí. Este ejercicio reflexivo, cuando se realiza de manera consciente, es lo que hemos comparado con las prácticas del cuidado de sí.³

Para ello necesitamos de la complicidad de nuestro lector. Complicidad que se verá traducida en un gesto, gesto de apertura, una respuesta afirmativa ante la invitación a narrar-se.

II.- NARRAR LA EXPERIENCIA DE LA LECTURA

Yo le quería con todo el alma...⁴

La idea del *sentir* podría perfectamente hacer alusión a la categoría de *experiencia*. Pero tal y como entendemos la experiencia, es decir, como aquello que nos pasa, que nos acontece, sería imposible tenerla desde la individualidad, sólo cuando entro en relación con lo otro, el otro, es cuando algo puede sucederme. Y por lo mismo, la persona, entendida como personaje de un relato que recoge su experiencia, va constituyendo una identidad, la identidad narrativa.

La experiencia, tal y como lo ha venido expresando Jorge Larrosa (2003) es distinta al experimento, principalmente por dos razones: 1) en el experimento, lo que pueda acontecer, *pensamos* que acontece a lo observado, al objeto o sujeto que se encuentra en situación de tratamiento o intervención, por lo que al sujeto investigador *no le pasa nada* (muy probablemente tampoco le pasa nada al sujeto del experimento, porque deja de ser una experiencia personal para igualarse con la de los demás, o porque simplemente en esas situaciones de control es muy difícil imitar a la vida); y 2) siguiendo con el experimento como situación controlada, lo que ha de suceder de alguna manera ya se conoce o por lo menos se prevén los efectos o consecuencias de esa intervención.

En la experiencia por el contrario, toda persona que la padece o la experimenta, no puede dejar de ser tocado, tumbado por la situación, la experiencia *acontece*, y el acontecimiento no admite preparación, por lo menos no admite planificación. De aquí que digamos que la persona que *experiencia* es un sujeto *expuesto*. Cuando entra en una relación, con la lectura por ejemplo, nuestro lector apasionado asume el riesgo y la aventura de exponerse... a qué, pudiera preguntarse, a dejar de ser él mismo, *porque el otro, pudiera tener razón*. Una consecuencia posible de la *exposición* sería la de *cambiar*. No puede cambiar quien acude al texto con la intención de refutarlo, para demostrar que él sabe más. Ese tipo de relación pudiera catalogarse de *imposición*; tampoco puede cambiar quien quiera simplemente *mostrarse, hacerse público* a través de esa relación con el texto, en este caso la intención que prevalece es la de *ratificarse*, como el ejercicio que hacemos con muchos de esos libros de autoayuda, que juegan con la ilusión de *que como yo lo hago así, como está en el libro*, entonces *yo estoy bien*. Otra de las figuras que se me ocurre es la del lector *feliz*, aquél que sólo lee lo que le gusta, lo que le deja bien parado, lo que se parece a él. Este lector tampoco cambiará, su lectura es neutra, no tiene color, no produce alteración ninguna, es desabrida. Sólo quien se da el tiempo necesario para detenerse, y es capaz de suspender el juicio (en el sentido de prejuicio), el que se da la oportunidad de escuchar, de mirar, de pararse a pensar lo que el texto tiene a bien decir, sólo aquél decimos, será capaz de leer como nuestro lector apasionado. Y nuevamente, no podemos dejar pasar que a lo largo de estas líneas últimas hemos estado girando alrededor de las posibles relaciones de alteridad que cada uno de nosotros asume en su cotidianidad. En otras palabras, hemos estado dando vueltas sobre la dimensión ética del encuentro con el otro. Y no hay muchas posibilidades: o entro en relación genuina o simplemente niego al otro. Y ya sabemos qué esperar de una relación genuina: el cambio enriquecedor.

En otro orden de ideas, la experiencia como pasión tiene en su raíz indo-europea *per*, la referencia a travesía, y también, a la idea de prueba. La imagen de viaje, travesía, camino, ha estado vinculada siempre a la pedagogía por su potencia. Y hablando de potencia, ¿cómo habría de

³ Ya nos hemos ocupado al respecto en otros trabajos, vale decir que estamos refiriéndonos a un cierto trabajo, en el sentido de prácticas que las personas realizan sobre sí mismas con la intención de cambiar lo que haya que cambiar. También lo hemos visto como un estado de atención permanente, reflexivo, sobre lo que nos pasa. Véase: Valera Villegas, G. y Madriz, G. (2006).

⁴ Y sigue la canción *como se quiere sólo una vez/ pero el destino cambio mi suerte/ quiso dejarme sin su querer*.

traducirse sino de *potente* el subtítulo del *Ecce Homo* de Nietzsche: *¿cómo se llega a ser lo que se es?* De lo anterior se deriva que cada experiencia como todo viaje (no *Tour*) es única. Las vicisitudes de cada viaje son impredecibles, las sorpresas se suceden una tras otra y lo único que se requiere es la disposición de *dejar hacer*, de dejar que la ciudad, el nuevo paisaje te *tome*, *te embriague* y seas *preso de una nueva pasión*.

Finalmente, quisiéramos reparar en el asunto de la doble dimensión de la pasión: la dimensión activa y la pasiva. Porque la experiencia de la pasión, contiene una dimensión activa, es por lo que también puede relatarse. Trías nos recuerda que “[E]l sujeto pasional *se expresa* en forma de arte, conocimiento o acción y producción. El constituye la base firme, el *basso ostinato*, la premisa, idea ésta que la filosofía suele olvidar, concibiendo la pasión como negativo de acción, de razón, y de producción. Es el sujeto pasional el que está en la raíz del sujeto epistemológico y del sujeto práctico.” (1979: 27)

El autor explora pues la idea de la pasión como una razón positiva, que agrega, no que niega. De hecho la experiencia pasional pasa de ser una experiencia estética a ser una experiencia ética. La experiencia pasional surge de una *mirada al otro*, por lo que la belleza de tal situación nace propiamente de una relación entre *miradas* que se *miran* y no de la contemplación de un objeto o de una forma bella por parte de un sujeto que no reconoce aún otra subjetividad. Es decir, lo que está en cuestión aquí es la producción de nuevas relaciones, de relaciones pasionales, que se dan en el espacio de la intersubjetividad.

De hecho, tal y como lo afirma Trías (1979:148), “el carácter artístico de una verdadera relación amorosa-pasional estriba menos en el carácter *bello* de la forma de uno u otro sujeto y mucho más en la expresividad resuelta en acciones en la cual discurre la relación bajo la forma de una *historia*. Lo que puede ser artístico, bello y hasta sublime, es la historia”⁵. De manera que todo cuanto pasa, de *algo pasar*, es el efecto de una trama virtual o del campo potencial de fuerzas pasionales expresadas. Lo *acontecido* siempre es encuentro o entrecruzamiento de líneas de fuerza, de líneas pasionales, de manera que lo artístico, por ejemplo, es la expresión de esa afección que el cuerpo externo produce en el ánimo de nuestro sujeto apasionado.

La narración juega un papel fundamental en el estudio de las pasiones. Por ejemplo, Peter Goldie (2000) señala que las emociones adquieren sentido cuando se integran en una estructura narrativa. Las estructuras narrativas poseen episodios de la vida emocional, incluyen “percepciones, pensamientos y sentimientos de variadas clases, y cambios corporales de varias clases; e incluye disposiciones a experimentar otros episodios emocionales, a tener otros pensamientos y sentires, y a comportarse de ciertas maneras”. (pp. 12-13) En toda historia habrá momentos o episodios donde caben experiencias, pensamientos, sentires y disposiciones distintas. Cuando pretendemos atrapar los instantes significativos de una vida, lo que construimos es una narración biográfica, un espacio en el que salvar un yo y reconocer un tú.

Ya hemos planteado nuestra duda, la de si antes que pensar la *esencia* de un lector ¿no sería más fructífera pensar la *esencia* de la relación lector -mundo? No se trata de una empresa sencilla, cuando creemos tener la respuesta, la misma parece abandonarnos, porque no admite fijación alguna. Un lector para mí es aquel que la pasión por la lectura le abrumba, que se acerca a ella por muchas razones y a la vez por ninguna: habrá razones *lógicas* y otras más bien *afectivas*. En todo caso y en sintonía con Gadamer, lo cierto es que cada vez que nuestro lector *comprende* algo, termina por comprenderse a sí mismo. Pero, para llegar a ese momento de reflexión, de interiorización sobre lo que nos pasa, habrá de estar de regreso de una experiencia profunda de remoción, que nos hace sentir que no tenemos el control.

⁵ Dice este autor: “Debe entenderse por historia, en sentido riguroso y serio, el conjunto de figuras y posiciones entrelazadas a que da lugar el desencadenamiento dinámico de una relación entre dos sujetos que *se quieren* (...) Historia es el proceso que constituyen el conjunto de relaciones sociales de naturaleza *pasional* que configuran lo que aquí llamamos comunidad y sociedad.” (Trías, 1979, pp.148-149).

Una mañana de frío invierno...⁶

La pasión es algo que posee el alma, la pasión se nos aparece, toma posesión del sujeto, sin que este pueda oponer resistencia. De la misma manera, pensamos que cuando un lector lee al mundo queda prendado por esta extraña relación que no admite la comodidad de una lectura ya dada. Por supuesto que nos estamos refiriendo a un lector abierto, y no a su muy mala parodia del lector que *ya todo lo sabe* y que lo que busca en cada lectura del mundo es conseguir su *ratificación*, de sujeto instruido, sabelotodo, crecido, insoportablemente soberbio en toda su imponente majestad.

Entonces, es el mundo el que debe postrarse a sus pies, y no él maravillarse por las desconocidas y cotidianas experiencias que permanentemente nos acontecen, como si todos los días no participáramos en un despliegue del circo de la vida y tuviésemos la oportunidad de ser testigos de la magnificencia de la vida en toda su simplicidad, en toda su espontaneidad. La lectura, tal y como la vemos supone un espacio de relación privilegiada para desarrollar procesos de subjetivación para el cuidado de sí y de los demás.

Por medio de la lectura, ya sea a través de un texto impreso, del texto fílmico, y también, por qué no, de la vida vista como texto escénico, representacional, en el sentido de una obra que está en escena; por medio de estos textos nos acercamos a la vida, mucho antes de tener quizá, conciencia de que *vivimos*. Debería incluir dentro de estos textos, la imaginería simbólica y cultural que nos precede, ya que siempre llegamos a un mundo *constituido*, sin que eso sea razón de que no pueda ser transformado. Lo que queremos establecer aquí, es que desde que llegamos al mundo humano, por lo tanto fabricado, nos vemos en la necesidad de *leer para existir*.

Nuevamente entonces la pasión de la lectura, obedece a unas reglas de la acción, quizá algo difusas por el carácter de pasional con que la hemos emparentado, pero lo interesante es que tal y como lo señalara Hanna Arendt, es el discurso y la acción lo que nos permite insertarnos en el mundo que nos recibe. Y agrega Arendt:

Mediante la acción y el discurso, los hombres muestran quiénes son, revelan activamente su única y personal identidad y hacen su aparición en el mundo humano, mientras que su identidad física se presenta bajo la forma única del cuerpo y el sonido de la voz, sin necesidad de ninguna actividad propia. El descubrimiento de [quién] en contradistinción al [qué] es alguien - sus cualidades, dotes, talento y defectos que exhibe u oculta - está implícito en todo lo que ese alguien dice y hace. (1998:203)

La lectura entonces, podría ser entendida como una acción que ejerzo en el intento de interpretar el discurso de los otros que conviven conmigo, y también y no menos importante, interpretar mi propia acción. De aquí se deriva que la acción no podrá existir sin el acompañamiento del discurso.

En todo caso, sin el acompañamiento del discurso, la acción no sólo perdería su carácter revelador, sino también su sujeto, como si dijéramos; si en lugar de hombres de acción hubiera robots se lograría algo que, hablando humanamente por la palabra y, aunque su acto pueda captarse en su cruda apariencia física sin acompañamiento verbal, sólo se hace pertinente a través de la palabra hablada en la que se identifica como actor, anunciando lo que hace, lo que ha hecho y lo que intenta hacer. (Arendt, 1998: 202).

Por lo anterior, es necesario que ese lector apasionado anuncie lo que hace, y lo haga a través del relato, de una narración. Un acercamiento de este tipo no supone asepsia, se trata de un proyecto siempre de alguien, que responde a una preocupación, y dirige la mirada atenta hacia una persona real, que en el contexto de unas circunstancias vitales individuales, sociales e históricas determinadas, decide dar sentido a un aspecto específico de su existencia. Para ello necesitamos de

⁶ ...sin darme cuenta se echó a volar/ y desde entonces aún le espero/ no me resigno a la soledad. ¿Dónde estás corazón?.....

la complicidad de nuestro lector. Complicidad que se verá traducida en un gesto, gesto de apertura, una respuesta afirmativa ante la invitación a narrar-se.

En todo caso y en sintonía con Gadamer (1998), lo cierto es que cada vez que nuestro lector *comprende* algo, termina por comprenderse a sí mismo⁷. Esta lectura actúa como mecanismo de subjetivación, que al decir de Foucault (1990) se refiere a aquellos procedimientos o *tecnologías del yo*, por los que un sujeto es inducido a observarse a sí mismo, a analizarse, a responder al imperativo del *conócete a ti mismo*, mientras se reconoce como un dominio de saber posible, es decir, mientras rastrea el modo en que a lo largo de su historia ha pensado y actuado sobre sí mismo.

Por último, nos interesa subrayar la importancia de estos mecanismos, este retorno sobre sí mismo, que la lectura permite o induce a realizar, esta historización, que permite comprender lo que nosotros mismos somos en relación con la verdad que nos constituye como sujetos de conocimiento y de *padecimiento*. Esto es posible, porque el proceso de conocimiento de sí mismo en la *formación* contiene sentimientos, pensamientos y percepciones sobre uno mismo que se realizan con la mediación del otro, significa conocerse desde el reconocimiento del otro, donde puede surgir una nueva creación. Por lo que parafraseando a Deleuze (1977) podemos decir que la subjetividad es la mediación y la trascendencia, puesto que el sujeto se define por un movimiento, tanto en lo que aparece en el conjunto de lo ya dado, como en el movimiento de desarrollarse a sí mismo, de superar lo que se es, de llegar a ser otro.

⁷ Porque, en términos de Gadamer (1998, p.129) “Comprender es siempre en el fondo comprenderse a sí mismo”

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, G. *Profanaciones*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2005.
- Arendt, H. *De la historia a la acción*, Barcelona: Paidós, 1999.
- Bajtín, M. (1979) *Estética de la creación verbal*, México: Siglo XXI,1982.
- Capriles M., A. “La experiencia de pasión. (En el filo del misterio de lo psíquico)” en *Revista venezolana de Psicología de los arquetipos y estudios Junguianos*, N.º 1, Caracas, 2005, pp. 4-14.
- Deleuze, Gilles *Empirismo y subjetividad*, Barcelona: Gedisa, 1977.
- Foucault, M. *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona: Paidós, 1990.
- Gadamer, H.G *Verdad y Método I*. Salamanca: Sígueme, 1998.
- Goldie, Peter *The Emotions*, Oxford: Oxford University Press, 2000.
- Larrosa, Jorge *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*, México: Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Nietzsche, F. *Humano, demasiado humano*. Madrid: Edad, 1980.
- Ortíz-Osés, Andrés, *La razón afectiva. Arte, religión y cultura*. Salamanca: Editorial San Esteban, 2000.
- Trías, Eugenio *Tratado de la pasión*, Madrid: Taurus, 1979.
- Valera Villegas, G. y Madriz, G. *Una hermenéutica de la formación de sí. Lectura, escritura y experiencia*. Caracas: CDCH-UCV, 2006.
- Van Manen, M. *Investigación educativa y experiencia vivida*. Barcelona: Idea Books, 2003.